

ÉTICA DE LA INTELIGENCIA

Por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. Gonzalo Fernández de la Mora*

I. SER Y DEBER SER

Hay dos tipos de saberes, los que se refieren al «ser» y los que se refieren al «deber ser». Los primeros responden a la pregunta ¿qué sucede?, mientras que los segundos contestan a la cuestión ¿cómo he de conducirme? La Física o la Historia son ciencias que estudian lo existente, mientras que la Moral se ocupa de conductas posibles, de lo que todavía no existe. Las ciencias de lo real son descriptivas de hechos y correlaciones, inciden sobre lo dado, mientras que las ciencias de lo realizable contemplan lo posible, son normativas y establecen criterios de comportamiento.

Los saberes acerca de la realidad son separables del hombre, puesto que cabrían en otros sujetos. Los animales adquieren conocimientos acerca de su circunstancia. También habría una sabiduría en ángeles. El conocimiento acerca de lo que «es» puede concebirse aquende y allende el hombre. En último término, lo que «es», salvo para los idealistas, existe independientemente de que sea conocido. En cambio, los saberes acerca de la conducta se refieren exclusivamente al hombre, cuyo comportamiento no lo predeterminan ni leyes mecánicas, ni instintos. Precisamente porque el hombre tiene conciencia de moverse en unos ciertos márgenes de libertad, es el único sujeto terrestre al que se le plantea la cuestión de lo que debe hacer. Sin hombres hay leyes que rigen el movimiento de los astros o de las partículas elementales. Sin hombres no hay ética.

* Sesión del día 23 de enero de 1996.

Aunque los saberes de lo real y los de lo factible sean muy diferentes por su objeto —uno empírico y el otro especulativo—, aunque sus métodos sean muy distintos —uno explicativo y otro proyectivo—, aunque sus productos sean muy dispares —uno leyes necesarias y otro preceptos transgredibles—, y aunque sus protagonistas no sean idénticos, los saberes del «ser» y los del «deber ser» no pueden ser cultivados de modo absolutamente independiente.

No creo que la ética proceda de una pura intuición que directamente manifieste lo que debe hacerse, ni de una introspección que inmediatamente revele prescripciones recibidas con el código genético, ni del discrecional mandato de un legislador individual o colectivo. Creo que lo lícito y lo debido para el hombre depende de lo que el hombre es. La Biología demuestra que el hombre muere si no se nutre, y de ese hecho se deduce que debe alimentarse. Tal precepto no se aplicaría a un espíritu puro. De saberes sobre la realidad se desprenden conclusiones sobre lo realizable. Hay un cierto tránsito del «ser» al «deber ser».

Y viceversa. Un saber empírico, como la Física, no es ajeno a cualquier género de ordenación ética. Contrariamente a lo que algunos suponen, la investigación científica no sólo tiene unos criterios moralmente neutros para que el esfuerzo resulte más fecundo, por ejemplo, la asepsia en los análisis o la corrección de los errores de medida. Tales criterios no son normas que limiten la autodeterminación individual, sino simples condiciones para que la descripción se aproxime a la realidad. Pero, además de esas particulares exigencias metodológicas, el cultivo de los saberes acerca de la realidad está sometido a preceptos estrictamente éticos. En un archivo o en un laboratorio se puede ser excelente observador y, al mismo tiempo, inmoral.

Desde la Sociología positiva se viene diciendo que los saberes descriptivos deben estar exentos de todo juicio de valor. Con mayor motivo se ha repetido idéntica opinión desde otras ciencias fundadas en la experimentación. Esto no es exacto: hay una ética de la inteligencia incluso cuando se consagra a entender los puros hechos. Esta es nuestra cuestión.

II. EL VALOR DEL CONOCIMIENTO

Un juicio ético es una estimación del grado de bondad de una conducta, y se emite en función de un valor, el bien. Algo análogo acontece con los juicios estéticos cuyo valor de referencia es la belleza.

Cuando el geógrafo acomete la medición del cuadrante terrestre o el astrónomo el paso de una estrella quizás esté, en algún raro caso, movido por la mera curiosidad; pero esta motivación ni es el supuesto general, ni puede por sí sola explicar una investigación esforzada, prolongada y sistemática. Menos aún puede dar cuenta de toda la vida de un científico. Entregarse al estudio no es una simple aventura. El más impasible y objetivo de los investigadores funda su existencia, de modo tácito o expreso, en un primario juicio de valor: la convicción de que el conocimiento de la realidad es un bien. Y, consecuentemente, se autovalora moralmente, cree que su conducta no es sólo lícita, sino meritoria, y cuando cumple su trabajo sin el más mínimo reconocimiento, sufre alguna forma de frustración.

Desde la antigüedad se ha descrito la vida teórica como filosofía o amor al saber. Y se ama lo valioso. Es falso que haya especie alguna de sabiduría sin un radical presupuesto moral, la estimación de que el conocimiento es un bien. Es ciertamente un mínimo, pero un mínimo de eticidad.

III. EL VALOR DE LA VERDAD

El estudioso de la realidad supone que hay un mundo exterior, cognoscible y racionalizable. Desde un solipsismo coherente, la Química, por ejemplo, carecería de sentido. Pero tan pronto como se admite esa triple evidencia, surge el problema de la verdad, es decir, de la correspondencia entre el pensamiento y la realidad. Poco importa para el caso cuál sea el grado de fidelidad y acercamiento que pueda alcanzarse entre el sujeto cognoscente y el objeto conocido; por pequeño que fuere el margen, inmediatamente se presenta ante el investigador un imperativo moral, el de aproximar lo más posible el concepto a la realidad. Las ciencias son asintóticas en el sentido de que no cesan de intentar el estrechamiento de distancias con sus objetos, incluso los más distantes y los de apariencia más caótica. Conocer es un bien; pero ese bien crece en la medida en que es verdadero.

La ciencia sería juego vano si no se asentara sobre un segundo precepto moral: «Debes aspirar a la verdad».

IV. EL VALOR DE LA VERACIDAD

El hombre puede comunicarse con sus semejantes y transmitirle informaciones tan complejas como un mapa del genoma humano. Este hecho trascendental, que hace posible el progreso acumulativo de los saberes y de la Humanidad, plantea inmediatamente otra cuestión ética, la de la mentira. El científico produce «comunicaciones» académicas. ¿Es lícito que finja experimentos, falsifique datos o medidas, y trate de engañar? En cuanto la más positiva de las ciencias entra en sociedad, aparece otro precepto: «Sé veraz». La violación de este mandamiento convertiría a la actividad científica en una especie de poker altamente sofisticado, en un malabarismo que no nos aproximaría ni un milímetro a la realidad del mundo objetivo, aunque quizás algo a la psicología individual de ciertos prójimos.

En ninguna especie de saber se puede mentir. He aquí otro mandamiento de una ética de la inteligencia.

V. EL VALOR DE LA COHERENCIA

Un fundamental principio del pensar es el de no contradicción. Su correlato real en un mundo dinámico es débil; pero su imperatividad lógica es absoluta. Hegel popularizó la sentencia aristotélica de que sólo hay verdad dentro de un sistema. Un juicio aislado de una concepción del mundo no es cierto ni falso, y de dos afirmaciones contradictorias una es necesariamente falsa. Los científicos han de laborar bajo el mandato de coherencia interna de unas ecuaciones con otras y de coherencia externa entre la teoría y los datos. Una sola experiencia firme derriba un modelo científico, del mismo modo que ningún modelo es válido hasta que sea coherente consigo mismo. En las ciencias de lo real, el mandato de coherencia es completamente despótico, y su violación implica una condena sin paliativos.

Pero hay ámbitos de acción intelectual, como el Derecho e incluso la Economía, en que suelen sobrevivir posiciones aisladas de un sistema e inclu-

so las contradictorias. Por ejemplo, los que afirman la legitimidad exclusiva de los poderes nacidos del sufragio universal suelen apelar a los acuerdos de patronales y sindicatos que tienen una legitimidad distinta, la de los intereses funcionales. Quienes afirman que el mercado es el único capaz de adscribir racionalmente los recursos apelan, a veces, a regulaciones legislativas que alteran el juego de la oferta y la demanda. Y así sucesivamente. Ciertos saberes relacionados con la política son antologías de contradicciones en los términos.

«Sé coherente» es un precepto inseparable de la veracidad lógica.

VI. EL VALOR DE LA JUSTICIA

Sólo un hipotético primer investigador arrancaría desde un nivel cero de conocimientos; pero esa no es una situación histórica. Los estudiosos son participantes en una carrera de relevos y han recibido la antorcha de un predecesor. La necesaria introducción, estrictamente pragmática, a cualquier investigación es asumir la tradición del problema planteado, el llamado «estado de la cuestión». Aunque las ciencias sean relativamente jóvenes y sea inmenso el campo de las ignorancias, al filo del siglo XXI ya se ha avanzado algo en el conocimiento de la realidad, y el investigador ha de apoyarse sobre los hombros de sus predecesores hasta situarse en la frontera de lo desconocido y tratar de iluminar, al menos, un punto. A medida que crece el acervo de conocimientos ese esfuerzo de alcanzar la frontera exige más tiempo y mayor especialización. Es una servidumbre muy gravosa y con elevados costes, uno de ellos el llamado analfabetismo genérico de los superespecialistas. Pero todo tiene un precio y sería utópico pensar que cada día será menor el de no descubrir mediterráneos.

Tan pronto como el investigador se instala ante su incógnita se plantea el problema de las deudas a cuantos le asisten con su más o menos distante magisterio. E inmediatamente se alza el mandamiento de dar a cada uno lo suyo: hay que citar las fuentes, reconocer los préstamos, y agradecer las colaboraciones. La prohibición del plagio es un imperativo moral de la inteligencia. Su transgresión no sólo es un hurto, sino la negación del progreso de los conocimientos. La comunidad intelectual anatematiza al que copia. En este punto la severidad es tal que casi funciona como una Inquisición colectiva.

VII. EL VALOR DE LA PUBLICIDAD

¿Y no hay también algo «suyo» del género humano cuando se descubre una partícula de la realidad? Esta es otra importante cuestión moral que se plantea a las ciencias. Porque el investigador no sólo tiene deudas con sus colegas, las tiene también con la sociedad que le ha formado y posibilitado la tarea. ¿Sería lícito que el descubridor de un eficiente fármaco muriese conservando su secreto? No cabe responder afirmativamente. Pero es que, a medio plazo, todo descubrimiento acaba teniendo aplicaciones técnicas, es decir, consecuencias prácticas. No hay ningún verdadero hallazgo tan intrínsecamente inútil y tan puramente suntuario que dispense al científico de su publicación. El imperativo moral de dar a cada uno lo suyo implica la derivada de una general difusión de los descubrimientos. Algunos secretismos del Renacimiento y la recoleta modestia de un Mendel han sido negativas para el avance de nuestra especie hacia la realidad.

VIII. EL VALOR DE LO ÚTIL

El valor de la publicidad viene encadenado al de la justicia; pero también algo al de la utilidad. Se suele denominar investigación «fundamental» la que no viene movida por un requerimiento práctico. Pero los más abstractos de los artefactos mentales, como la lógica o la alta matemática, ¿son inútiles? Por ejemplo, un día resultó que el superespeculativo cálculo asintótico era un instrumento de primer orden en mecánica de fluidos. Y así sucesivamente. En todo descubrimiento acerca de la realidad late una incoada acción práctica. Aunque tácitamente, sobre las ciencias de la realidad aparece el denostado valor de la utilidad. No es una posición intencionalmente pragmática, es una consecuencia factual. «Sirve» es otro mandamiento de una ética de la inteligencia.

IX. LAS PERVERSIONES

Los antropólogos realistas no describen al hombre como un ser naturalmente bueno, esencialmente proclive a amar al prójimo. Y los cultivadores

de un saber no son una excepción a esta defectiva condición general de la especie humana que los teólogos definen como «naturaleza caída». De ahí que los imperativos morales de la inteligencia también sean frecuentemente transgredidos, sobre todo, los de veracidad y justicia.

Proclamar inducciones sobre bases insuficientes, prescindir de los datos que no respaldan la tesis, inventar al maniqueo, negar los préstamos, ocultar las fuentes y disfrazar los plagios son las menos insólitas de las perversiones intelectuales. Todas son manifestaciones alotrópicas del supremo vicio capital de la inteligencia, la mentira. El «homo sapiens» tiene la excepcional facultad de mentir y la puede ejercer incluso cuando formula ecuaciones. El área de las ciencias naturales, más o menos contrapuestas a la de las humanidades, no es un recinto intrínsecamente moral. Lo que acontece es que las ciencias de la realidad están permanentemente sometidas al contraste de los datos y, por ello, son menos capaces del engaño impune y sostenido que, por ejemplo, la metafísica.

Todo saber elaborado es constructivista en el sentido de que fabrica conceptos de gran generalidad y abstracción que pretenden servir como simbólicos instrumentos para expresar y manejar la realidad. Lo mismo el cero que el punto son entes ideales o de razón, inexistentes fuera de la mente, aunque sobre ellos se apoya la geometría y la matemática. Pero estas disciplinas han de soportar constantes remisiones a la realidad, y este hecho acaba denunciando su falsedad o confirmando su validez. Una construcción innecesaria como el éter o inoperante como el psicoanálisis termina desapareciendo por consunción. Pero las disciplinas que se niegan a ser «falsables» en la acepción de Popper, permiten la aparición e incluso la permanencia de esquemas mentales sin correlato real. Desde Tales y singularmente desde Platón, la metafísica ha producido engendros como los plurales de Schelling y los innumerables de nuestro siglo tan fértil en «ismos» creados por intelectos entregados a sí mismos y evadidos de lo real. No ya pensadores de moda, sino cimas como la de Heidegger pertenecen, en gran medida, a la especie de los fabuladores mentales y han arrastrado a generaciones de estudiosos. Tales productos, algunos auténticas obras de arte especulativo, justifican el habitual desprecio de los científicos realistas hacia los otros, injustamente englobados bajo la imprecisa denominación de «filósofos» o, lo que es más exacto, de «ideólogos».

El campo más propicio a las perversiones de la inteligencia es la política, reino de la apariencia y del engaño. Allí las contrapuestas voluntades de poder no cesan de reclamar legitimaciones y enmascaramientos a sus abogados, escribas, y voceros. La media verdad, cuando no el engaño, se infiltran universalmente en los saberes que atañen al Estado. A los cronistas palatinos y a los ju-

ristas áulicos de antaño les han sucedido los «intelectuales orgánicos». Mitos sin apoyatura real como el derecho divino de los reyes, la infalibilidad de las mayorías, la hegemonía del proletariado o la superioridad de la raza han sido defendidos por inteligencias oportunistas, a veces durante siglos.

A todos hay que predicar la ética de la inteligencia; pero muy especialmente a los cultivadores de saberes ribereños de lo ideológico, ancilar y voluntarista, aunque me temo que ante tal prédica sean legión los que hagan oídos sordos porque adular a los poderosos llega a ser una profesión rentable. Los profetas oportunistas cambian de credo cuando ya han hecho enorme daño. Republicanos que se hacen monárquicos, totalitarios que se hacen liberales... En este fin de siglo millares de estatistas se han reconvertido a la iniciativa privada porque se tornó el viento dominante. Deleznables maniobras para eludir la culpa de lesa ética intelectual.

Las masas suelen tener que esperar a que los esquemas ideológicos les hundan para percatarse de que son mentira. La historia política es un laboratorio muy lento y se tarda tanto tiempo en que una falsa ideología sea desmentida, que la experiencia resulta socialmente costosísima. Un ejemplo próximo es el marxismo.

X. CONCLUSIÓN

Estas podrían ser unas tablas de la ley intelectual: Conoce el mundo. Persigue la verdad. Sé veraz. Sé coherente. Sé justo. Comunica tu saber. Sirve.

No hay actividad propiamente humana que escape a la moral. Desde luego, no la ciencia. La neutra torre de marfil es una coartada. Como aleccionó Morente en mayo de 1936: «El intelectual auténtico no puede servir a nada más que a la verdad. La libertad es su servidumbre. No es libre de decir lo que le venga en gana, o lo que le convenga, o lo que agrade o convenga a sus presuntos lectores. Tiene que pensar y decir la verdad, gústele o no, convéngale o no, satisfaga o no a los suyos».